

Verónica Murguía

*El ángel de Nicolás*



Ediciones Era

La primera parte de este libro fue escrita en el Centro Banff de las Artes y se concluyó gracias a una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Primera edición en Biblioteca Era: 2003  
Primera edición en Alacena Bolsillo: 2024  
ISBN: 978-607-445-649-3  
DR © 2024, Ediciones Era, S.A. de C.V.  
Mérida 4, colonia Roma, 06700 Ciudad de México

Imagen de portada: *San Demetrio*, Hristofor Žefarović,  
temple sobre madera, 89 x 72 cm, ca. 1737.

Fotografía de la autora: David Huerta Bravo

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.*

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

# Índice



El idioma del Paraíso	11
Mutanabbi	21
El ángel de Nicolás	27
La piedra	41
El converso	57
La mujer de Lot	65
Marsias	79



## El idioma del Paraíso

*Para Cecilia Domínguez*

Así que ordenó a las nodrizas que amamantaran a los niños y que los bañaran y limpiaran, pero de ninguna forma charlar con ellos o hablarles, pues quería saber si hablarían hebreo, que es el lenguaje más antiguo, o griego o latín, o árabe, o tal vez el idioma de sus padres. Pero sus esfuerzos fueron vanos, porque todos los niños murieron.

Fra Salimbene, *Crónica*

Dicen en la plaza y en la iglesia que el emperador Federico ha muerto. Doy gracias a Dios. Que no pudo ser enterrado en Palermo, en el cementerio majestuoso donde yacen todos los reyes de Sicilia, porque su cuerpo se deshizo en una masa corrupta a las pocas horas de haber entregado el espíritu. Doy gracias a Dios, que así nos muestra Su ira contra el emperador. Que el hedor que emanaban su boca y sus miembros hinchados era insoportable, que por eso su hijo, el príncipe Manfredo, no pudo ocultar a sus hermanos la muerte de su padre, pues la fetidez que exhalaba el cadáver salía del palacio e inundaba la calle, provocando asco y horror a los que pasaban por ahí.

El pueblo ha sido convocado a las iglesias para rezar por el descanso del alma del emperador. No iré. En cambio desde mi casa pido a Dios:

—Señor, tú eres justo: impide que Manfredo o sus hermanos ocupen el trono de Federico, que tanto dolor causó a las gentes.

Dicen que los frailes encendieron hogueras de cedro y arrojaron a las llamas puñados de mirra e incienso, pero de Fede-

rico se desprendía una pestilencia sobrenatural y los monjes, atemorizados, lo enterraron rápidamente allá en Apulia, excomulgado y sin corona, dentro de un féretro descomunal, construido aprisa para contener el cuerpo tumefacto y pestífero. Me parece justo.

Aún recuerdo el día en que los hombres del emperador llegaron aquí en busca de las nodrizas. Yo tenía diecinueve años, y mi hijo menor seis meses. Todavía lo amamantaba. La leche fluía de mí como un blanco manantial y mi niño, gordo y sonrosado, parecía un ángel.

Nos reunieron a todas en la plaza, y con brusquedad nos ordenaron descubrirnos los senos, para comprobar que tuviéramos leche. Tuve tanto miedo que creí que me secaría. Ojalá hubiera sido así.

Un hombre enjuto y rubio mojaba un paño en el líquido que manaba de nuestro pecho y lo olía. Los soldados guardaban silencio y miraban al suelo. Luego nos prometieron oro si íbamos con ellos, y cadenas si nos negábamos. Un soldado hiirió con su espada la mejilla del molinero que se negaba a separarse de su mujer, así que tuvimos que ir, a pesar del llanto de nuestros hijos y la rabia de nuestros maridos.

*Stupor mundi*, el asombro del mundo, llamaban entonces al emperador. Es verdad que en el castillo y su corte abundaba todo lo que causa maravilla: los ropajes bordados, los objetos preciosos, los lebreles y halcones –aquellos que amaba como si fueran sus hijos, que mimaba con canciones y besos en los acerrados picos–, las fieras fabulosas que el emperador hizo traer de África. Las mujeres se paseaban seguidas de bufones, de enanos cubiertos de joyas, de sirvientas altivas y, al vernos, sus caras, pintadas apenas, cambiaron de expresión.

Íbamos asustadas, en un corro apretado y silencioso, y nos tomábamos las manos sudorosas para darnos ánimos.

Los soldados nos llevaron a conocer las vastas jaulas que el emperador mandó construir. Adentro se paseaban impacientes leones y una bestia de piel terrosa que tenía el tamaño de un campanario de iglesia. Todas sentimos un gran miedo y mucha curiosidad al verlos, y cuando los leones rugían, era tal

nuestro asombro que algunas quisieron huir, a pesar de las risas burlonas de los soldados, que nos llamaron rústicas.

Los esclavos sarracenos, morenos y sinuosos, llevaban en la grupa de sus caballos leopardos mansos, enormes gatos moteados, y detrás de ellos corrían los pajes vestidos de oro.

Allí vivían magos, alquimistas y astrólogos, como el famoso Michael Scot, de quien hasta en mi aldea pobre y alejada de la corte se hablaba en voz baja. Scot era pelirrojo, pecoso, alto, como son los hombres de su isla. Iba vestido con un negro hábito talar.

Las sirvientas nos dieron buena ropa, frazadas de lana, zapatos de cuero suave y nos pidieron los vestidos que traíamos puestos. Accedimos alegremente, comparando los colores vivos y el fino género de las mantas, con los colores desgastados de aquellas que habíamos tejido nosotras mismas.

Los cortesanos eran pájaros de plumajes deslumbrantes; el edificio, una ciudad populosa y amplia; las paredes sólidas y gruesas que lo rodeaban, semejantes a los peñascos que dan sombra a mi pueblo.

A Federico sólo lo vimos una vez, a los pocos días de nuestra llegada al palacio y, a causa de su rango altísimo, iba cubierto de terciopelos púrpuras, rasos, oro y perlas. Comprobé que la efigie hecha a su semejanza y que adornaba las monedas era su fiel retrato. Era bello y sonreía, mostrando unos dientes blancos. No imaginé entonces cuán negro era su corazón. Sabíamos que el emperador odiaba al papa, y que Gregorio lo había excomulgado, pero no teníamos opinión sobre eso, porque los problemas entre los príncipes y la Iglesia escapan a la comprensión de los simples.

Un fraile que había abominado del papa, el sombrío Fray Inocencio, nos comunicó cuál era nuestra misión. En poder del emperador, y no sé si usó el oro o la espada para tenerlos, había doce niños. Todos contaban apenas unos días. El emperador, que padecía una curiosidad abominable, quería saber cuál era el idioma que Dios había puesto en la lengua de Adán cuando todavía moraba en el Paraíso. Ése era el idioma que se hablaba en el mundo antes de la erección de la Torre de Ba-

bel, antes de la confusión de lenguas con la que Dios castigó esa construcción, cuyos cimientos eran la vanidad y la soberbia. Federico aspiraba a ser llamado como Adán, el *Nomothete*, el dador de nombres. Estaba convencido de que si aprendía esa lengua, que algunos de sus sabios habían afirmado era una suerte de hebreo celestial, distinto del que hablan los judíos de ahora, podría mandar con poder absoluto sobre los corazones de los hombres y seducir con unas cuantas palabras a las mujeres. Que le serviría de escudo contra la deslealtad, pues el emperador había sido traicionado por su hijo mayor, Enrico, y por Piero della Vigna, a quien había colmado de honores. Federico mismo le había sacado los ojos al barón Teobaldo Francesco; el barón se había levantado en armas contra él y Federico odiaba la traición.

Él creía entonces que si los niños no escuchaban palabra alguna de sus bocas infantiles saldría el idioma original, y él lo aprendería de ellos. Todo esto nos fue explicado por el fraile, quien nos prohibió, so pena de muerte, decir una sola palabra en nuestro dialecto siciliano a los niños o hablar en presencia de ellos. Tampoco podíamos rezar, no fuera a suceder que el latín suplantara a la lengua de Adán.

Nos llevaron a una cámara iluminada por una ventana hecha con pequeños cristales de colores a la manera alemana. A lo largo de las paredes se alineaban doce camas y junto a las camas doce cunas. En ellas, ¡ay!, los doce niños, doce cuerpos diminutos envueltos en pañales de lino finamente bordado. Inocencio nos detuvo en la puerta antes de entrar:

—Recuerden sus órdenes. Ni una sola palabra, ni una canción, ni un murmullo. No los acaricien ni les canten nanas. Aliméntenlos, báñenlos y vean que no les falte nada. Pero si les dicen una sola palabra, o hablan entre ustedes, por órdenes de nuestro señor Federico se les dará tormento y luego la muerte. Él —y señaló a un guardia de pie junto a la ventana— vigilará que todo se cumpla según los deseos del emperador. Mis compañeros y yo nos turnaremos, siempre con el cuerno de tinta y el pergamino en las manos, por si los niños comienzan a hablar.

Nos acercamos a verlos. Hasta hoy sospecho que les fue da-

da una poción para que durmieran, algún filtro hecho por los magos que pululaban en esa corte corrupta, porque toda esa tarde durmieron, y ésa fue la última vez que tuvimos paz.

Los primeros días transcurrieron con cierta tranquilidad. Algunas de nosotras, y lo confieso, entre ellas me contaba yo, teníamos curiosidad por saber qué lenguaje saldría de los labios de los pequeños. Pero ellos sólo lloraban y dormían. Era muy difícil no hablar, ni cantar, porque cuando se le da el pecho a un crío es natural que el corazón conmovido por la ternura dicte palabras amorosas a la boca, palabras que debíamos acallar. Cuando el niño toma el pezón con los labios, a veces se olvida de mamar y es necesario tocarle la mejilla para que despierte y coma. Y al palpar esa piel suavísima, al aspirar su olor, que es dulce como el pan, se les ama. Al oír sus minúsculos suspiros, sus eructos y todos los ruidos que sus cuerpos hacen, se les ama. Esos días, algunas nos colocamos una mordaza hecha con un lienzo, para irnos acostumbrando a guardar silencio y para que los niños no nos vieran sonreír. Cuando el que me había sido asignado, un niño moreno con la cabecita cubierta de una suave pelusa negra, rompía a llorar, yo le daba el pecho y pensaba:

–Pequeño, niño, ¿quién es tu madre?

También me preguntaba qué sería de él cuando creciera y en qué clase de hombre se convertiría; como todas las madres y nodrizas del mundo, temía que la vida fuera cruel.

Los guardias, tan silenciosos como nosotras, eran relevados cada noche y cada mañana. Los monjes recorrían la habitación semejantes a fantasmas. Los sirvientes nos llevaban la comida a la cámara contigua: capones, pechos de ternera, manjar blanco y vino dulce de Malvasía. Oíamos misa en una capilla que se levantaba en uno de los jardines. Allí, rodeada por decenas de cirios níveos, una pintura que representaba a la Virgen con el Niño adornaba el altar. El Niño, grave y sereno, se aferraba a un seno redondo y marfileño. La Virgen miraba amorosamente el rostro de su hijo. Los ángeles que los rodeaban, vestidos con los mismos rasos y paños bordados de oro de los cortesanos, tocaban laúdes y flautas. Creímos que era un